

Diario de a bordo
Cristóbal Colón

Porque,
cristianísimos y muy altos
y muy excelentes y muy poderosos Príncipes,
Rey e Reina de las Españas
Nuestros Señores,
este presente año de 1492,
después de Vuestras Altezas aver dado fin
a la guerra de los moros,
en la muy grande ciudad de Granada,
adonde este presente año,
por fuerça de armas
vide poner las vanderas reales de Vuestras Altezas
en las torres de la Alfambra,
y luego en aquel presente mes de Enero,
por la información que yo avía dado
de las tierras de India
y de un Príncipe
que es llamado *Gran Can*
(que quiere dezir
en nuestro romance
Rey de los Reyes),
como muchas vezes
él y sus antecessores
avían enbiado a Roma
a pedir doctores en nuestra sancta fe
porque le enseñasen en ella,
y que nunca el Sancto Padre
le avía proveído;
Vuestras Altezas,
como príncipes amadores
de la sancta fe cristiana
y acrecentadores d'ella

y enemigos de la secta de Mahoma
y de todas idolatrías y heregías
pensaron de enbiarme a mí,
Cristóval Colón,
a las dichas partidas de India
y ordenaron que yo no fuese por tierra al Oriente,
por donde se costumbra de andar,
salvo por el camino de Occidente,
por donde hasta oy
no sabemos por cierta fe
que aya passado nadie.

Y partí yo de la ciudad de Granada,
a doze días del mes de Mayo
del mesmo año de 1492;
y vine a la villa de Palos,
que es puerto de mar,
adonde yo armé tres navíos
muy aptos para semejante fecho.
Y partí del dicho puerto muy abasteçido
a tres días del mes de Agosto del dicho año,
antes de la salida del sol con media ora,
y llevé el camino de las islas de Canaria
para de allí navegar tanto,
que yo llegase a las Indias,
y dar la embajada de Vuestras Altezas a aquellos príncipes
y complir lo que así me avían mandado,
y para esto
pensé de escrevir todo este viaje
muy puntualmente,
como adelante se veirá.
También, Señores Príncipes,
allende de escrevir cada noche lo qu' el día passare
y el día lo que la noche navegare,
tengo propósito de hazer carta nueva de navegar,

en la cual situaré
toda la mar e tierras del mar Occéano
en sus propios lugares, debaxo su viento,
y más componer un libro
y poner todo por el semejante por pintura,
por latitud del equinocial y longitud del Occidente,
y sobre todo cumple mucho
que yo olvide el sueño
y tiene mucho el navegar.

Domingo, 16 de Setiembre.

Navegó aquel día y la noche a su camino el Güeste.
Andarían 39 leguas,
y acordó contar menos de las que andava,
porque si el viaje fuese luengo
no se espantase y desmayase la gente.
Tuvo aquel día algunos ñublados; llovizó.
Dize aquí el Almirante que
«oy y siempre de allí adelante
hallaron aires temperantísimos,
que era plazer grande el gusto de las mañanas,
que no faltava sino oír ruiseñores», dize él.
Y que era el tiempo
como por Abril
en el Andalucía.

Lunes, 17 de Setiembre.

Navegó a su camino al Güeste
y andarían en día y noche cincuenta leguas y más;
no asentó sino 47.
Tomaron los pilotos el Norte,
marcándolo,
y hallaron que las agujas

noruesteaban una gran cuarta,
y temían los marineros
y estaban penados
y no dezían de qué.
Cognosciólo el Almirante,
mandó que tornasen
a marcar el Norte en amaneciendo,
y hallaron qu' estaban buenas las agujas.

Miércoles, 19 de Setiembre

Este día, a las diez oras,
vino a la nao un alcatraz y a la tarde vieron otro,
que no suelen apartarse 20 leguas de tierra.
Aquí descubrieron sus puntos los pilotos:
el de la Niña se hallaba de las Canarias 440 leguas,
el de la Pinta 420,
el de la donde iba el Almirante 400 justas.

Sábado, 22 de Setiembre.

Navegó al Güesnorueste más o menos,
andarían 30 leguas acostándose a una y otra parte.
Dize aquí el Almirante:
«mucho me fue neçessario este viento contrario,
porque mi gente pensavan
que no ventavan en estos mares
vientos para bolver a España».

Martes, 25 de Setiembre.

Este día ovo mucha calma y después ventó.
Iva hablando el Almirante
con Martín Alonso Pinçón,
capitán de la otra caravela Pinta,

sobre una carta de marear que le avía enbiado
tres días avía,
donde, segund parece,
tenía pintadas el Almirante
ciertas islas por aquella mar,
y dezía el Martín Alonso
que estavan en aquella comarca,
y respondía el Almirante
que así le parecía a él;
pero puesto que no oviesen dado con ellas
lo devían de aver causado las corrientes,
que siempre avían echado los navíos al Nordeste,
y que no avían andado tanto
como los pilotos dezían.
Y estando en esto,
subió el Martín Alonso
en la popa de su navío,
y con mucha alegría
llamó al Almirante,
pidiéndole albricias
que vía tierra.
Y quando se lo oyó dezir
con afirmación el Almirante
dize que se echó de rodillas
a dar gracias a Nuestro Señor,
y el Martín Alonso
dezía *Gloria in excelsis Deo*
con su gente.
Subiéronse todos sobre el mastel
y en la jarcia
y todos affirmaron que era tierra,
y al Almirante así pareció.

Miércoles, 26 de Setiembre.

Mandó el Almirante dexar su camino,
que era el Güeste,
y que fuesen todos al Sudueste,
adonde avía parecido la tierra.
Navegó hasta cognosçer
que lo que dezían que avía sido tierra
no lo era, sino cielo.

Domingo, 30 de Setiembre

Navegó su camino al Güeste.
Anduvo entre día y noche por las calmas 14 leguas.
Contó onze.
«Nota que las estrellas que se llaman las Guardas,
cuando anochece,
están junto al brazo de la parte del Poniente,
y cuando amanece
están en la línea debajo del brazo
al Nordeste,
que parece que en toda la noche
no andan salvo tres líneas,
que son 9 oras,
y esto cada noche».
Esto dize aquí el Almirante.
También en anocheciendo
las agujas noruestean una cuarta
y en amaneciendo están con la estrella justo,
por lo cual parece que la estrella
haze movimiento como las otras estrellas,
y las agujas piden siempre la verdad.

Lunes, 1.º de Octubre

Navegó a su camino al Güeste.
Contó a la gente 20 leguas.
Tuvieron grande aguacero.
El piloto del Almirante tenía oy,
en amaneciendo,
que avían andado desde la isla del Hierro
hasta aquí 578 leguas al Güeste,
pero la verdadera que el Almirante juzgava y guardava eran 707.

Miércoles, 10 de Octubre.

Anduvieron 59 leguas.
Contó 44, no más;
Aquí la gente ya no lo podía çuffir:
quexávase del largo viaje,
pero el Almirante los esforzó
dándoles buena esperanza
de los provechos que podrían aver,
y añidía que por demás era quejarse,
pues que él avía venido a las Indias,
y que así lo avía de proseguir hasta hallarlas
con el ayuda de Nuestro Señor.

Jueves, 11.º de Octubre.

Navegó al Güesudueste.
Vieron pardelas y un junco verde junto a la nao.
Vieron los de la caravela Pinta
una caña y un palo,
y tomaron otro palillo labrado
a lo que parecía con hierro
y otra yerva que naçe en tierra
y una tablilla.

Los de la caravela Niña
también vieron otras señales de tierra
y un palillo cargado d' escaramojos.
Con estas señales respiraron y alegráronse todos.
Anduvieron en este día, hasta puesto el sol, 27 leguas.
Y después del sol puesto, andarían 22 leguas y media.
El Almirante,
a las diez de la noche,
estando en el castillo de popa, vido lumbre;
aunque fue cosa tan cerrada
que no quiso afirmar que fuese tierra,
pero llamó a Pero Gutiérrez repostero d' estrados del Rey
e díxole que parecía lumbre,
que mirasse él,
y así lo hizo, y vídola.
Díxolo también a Rodrigo Sánchez de Segovia,
qu' el Rey y la Reina enbiavan en el armada por veedor,
el cual no vido nada porque no estava en lugar do la pudiese ver.
Después qu' el Almirante lo dixo,
se vido una vez o dos,
y era como una candelilla de cera que se alçava y levantava,
lo cual a pocos pareçiera ser indiçio de tierra;
pero el Almirante
lo tuvo por çierto.
Por lo cual, rogó que hiziesen buena guarda al castillo de proa,
y mirasen bien por la tierra,
y que al que le dixese primero que la vía
le daría luego un jubón de seda,
sin las otras mercedes que los Reyes avían prometido,
que eran diez mill maravedís de juro a quien primero la viesse.
A las dos oras después de media noche
pareçió la tierra.

Esta tierra vido primero
un marinero que se dezía Rodrigo de Triana.
Amainaron todas las velas,

y pusiéronse a la corda,
temporizando hasta el día viernes
que llegaron a una isleta de los *lucayos*,
que se llamava en lengua de indios *Guanahani*.
Luego vieron gente desnuda,
y el Almirante salió a tierra
y Martín Alonso Pinçón
y Viceinte Anes, su hermano,
que era capitán de la Niña.
Sacó el Almirante la vandra real
y los capitanes con dos vanderas de la Cruz Verde.
Puestos en tierra vieron árboles muy verdes
y aguas muchas y frutas de diversas maneras.
El Almirante llamó a los dos capitanes
a Rodrigo d' Escobedo
escrivano de toda el armada,
y dixo que le diesen por fe y testimonio
cómo él
por ante todos tomava,
como de hecho tomó,
possession de la dicha isla
por el Rey e por la Reina sus señores.
Luego se ayuntó allí mucha gente de la isla.

Esto que se sigue
son palabras formales del Almirante:
«Yo», dize él,
«porque nos tuviesen mucha amistad,
porque cognosçí que era gente
que mejor se libraría y convertiría
a nuestra sancta fe con amor
que no por fuerça,
les di a algunos d' ellos unos bonetes colorados
y unas cuentas de vidro
que se ponían al pescueço,
y otras cosas muchas de poco valor,

con que ovieron mucho plazer.
Los cuales después
venían a las barcas de los navíos nadando,
y nos traían papagayos
y hilo de algodón en ovillos
y azagayas y otras cosas muchas,
y nos las trocavan por otras cosas que nos les dávamos,
como cuentezillas de vidro y cascaveles.
En fin,
todo tomavan y daban
de buena voluntad,
mas me pareció que era gente muy pobre de todo.
Ellos andan todos desnudos como su madre los parió,
y también las mugeres,
y todos los que yo vi
eran todos mançebos,
que ninguno vide de edad de más de 30 años,
muy bien hechos,
de muy fermosos cuerpos
y muy buenas caras,
los cabellos gruessos
cuasi como sedas de cola de cavallos.
D' ellos son de la color de los canarios,
ni negros ni blancos,
y d' ellos se pintan de blanco y de colorado,
las caras y todo el cuerpo.
Ellos no traen armas
ni las cognosçen,
porque les amostré espadas
y las tomavan por el filo
y se cortavan con ignorança.
No tienen algùn fierro;
sus azagayas son unas varas
y algunas d' ellas tienen al cabo
un diente de peçe.

Ellos deven ser buenos servidores
y de buen ingenio.
Y creo que ligeramente se harían cristianos,
que me pareció que ninguna secta tenían.
Yo plaziendo a Nuestro Señor
levaré de aquí
al tiempo de mi partida
seis a Vuestras Altezas
para que deprendan hablar».

Sábado, 13 de Octubre.

Luego que amaneció,
vinieron muchos d' estos hombres
a la nao con almadías,
que son hechas del pie de un árbol
como un barco luengo
y todo de un pedaço y labrado muy a maravilla,
y grandes,
en que en algunas venían 40 y 45 hombres,
y otras más pequeñas,
en que venía un solo hombre.
Remavan con una pala como de fornero,
y si se les trastorna,
luego se echan todos a nadar
y la endereçan y vazían con calabazas que traen ellos.
Y yo estava atento
y trabajava de saber si avía oro,
y vide que algunos d' ellos
traían un pedaçuelo colgado
en un agujero que tienen a la nariz.
Y por señas pude entender que,
yendo al Sur,
que estava allí un Rey que tenía grandes vasos d' ello.
Trabajé que fuesen allá,

y después vide que no entendían.
Determiné así ir al Sudueste,
quiero ver si puedo topar
a la isla de Çipango.

Lunes, 15 de Otubre.

Partí con el viento Sueste,
para passar a estotra isla,
la cual es grandíssima,
y adonde todos estos hombres
hazen señas que ay muy mucho oro,
y que lo traen en los braços en manillas
y a las piernas y a las orejas
y al nariz y al pescueço.
Son estas islas muy verdes y fértiles
y puede aver muchas cosas que yo no sé,
porque no me quiero detener
por calar y andar muchas islas para fallar oro.
No puedo errar
con el ayuda de Nuestro Señor
que yo no le falle adonde naçe.

Viernes, 19 de Otubre.

En amaneciendo
vimos una isla al Leste
a la cual puse nombre *la Isabela*.
Esta costa es toda cuasi playa,
y la isla la más fermosa cosa que yo vi.
Y aun creo que ha en ellas muchas yervas
que valen mucho en España para tinturas
y para medicinas de espeçería.
Y yo de mañana quiero ir tanto avante
que halle la poblaçión

adonde aya *lengua* con este rey que,
según dizen estos hombres,
él señorea todas estas islas comarcanas,
y trae sobre sí mucho oro
y va vestido,
aunque no doy mucha fe a sus dezires,
así por no los entender yo bien
como en cognoscer qu' ellos
son tan pobres de oro
que cualquiera poco qu' este rey traiga
los parece a ellos mucho.

Domingo, 21 de Otubre.

A las diez oras llegué aquí
a este cabo del Isleo y surgí,
y asimismo las caravelas.
Y después de aver comido fui en tierra.
Andando así en çerco de una d' estas lagunas,
vide una sierpe, la cual matamos
y traigo el cuero a Vuestras Altezas;
También andando en busca de muy buena agua,
fuimos a una población aquí çerca,
y la gente d' ella,
como nos sintieron,
dieron todos a fugir.
Luego me partiré
para otra isla grande mucho,
que creo que deve ser *Çipango*,
a la cual ellos llaman *Cuba*,
de que se cuentan cosas maravillosas;
y en las esferas que yo vi
y en las pinturas de mapamundos
es ella en esta comarca.

Jueves, 1.º de Noviembre.

En saliendo el sol
enbió el Almirante las barcas a tierra
y vinieron luego a los navíos
más de diez y seis *almadías* o *canoas*
con algodón hilado;
de las cuales mandó el Almirante que no se tomasse nada,
porque supiesen que no buscava salvo oro,
a que ellos llaman *nucay*.
«Esta gente»,
dize el Almirante,
«es de la misma costumbre de los otros hallados,
sin ninguna secta que yo cognozca,
antes dizen la *Salve* y el *Ave María*
con las manos al çielo como le amuestran,
y hazen la señal de la Cruz.
Toda la lengua también es una
y todos amigos,
y creo que sean todas estas islas,
y que tengan guerra con el Gran Can,
a que ellos llaman *Cavila*».
«Y es cierto», dize el Almirante,
«qu' esta es la tierra firme,
y qu' estoy», dize él,
«ante Zaitó y Quinsay».

Viernes, 2 de Noviembre.

Acordó el Almirante enbiar dos hombres españoles:
el uno se llamava Rodrigo de Xerez,
y el otro era un Luis de Torres,
y avía sido judío,
y sabía diz que ebraico y caldeo
y aun algo arávigo;

Dióles muestras de espejería
para ver si alguna d' ella topasen.
Dióles instrucción
de cómo avían de preguntar
por el rey de aquella tierra
y lo que le avían de hablar
de partes de los Reyes de Castilla.
Dióles seis días de término
para que bolviesen.

Domingo, 4 de Noviembre.

Mostró el Almirante
a unos indios de allí
canela y pimienta,
de la que llevaba de Castilla para muestra,
y cognosciéronla,
y dixeron por señas que cerca de allí
avía mucho de aquello al camino del Sueste.
Mostróles oro y perlas
y respondieron ciertos viejos
que en un lugar que llamaron *Bohío*
avía infinito.
Entendió también que lexos de allí
avía hombres de un ojo
y otros con hoçicos de perros
que comían los hombres,
y que en tomando uno
lo degollavan y le bevían la sangre
y le cortavan su natura.
Determinó de bolver a la nao el Almirante
a esperar los dos hombres que avía enbiado,
para determinar de partirse
a buscar aquellas tierras.
Dize más el Almirante:

«Esta gente es muy mansa y muy temerosa,
sin armas y sin ley.
Estas tierras son muy fértiles.
Ellos las tienen llenas de *mames*
que son como çanahorias,
que tienen sabor de castañas,
y tienen *faxones* y favas muy diversas de las nuestras,
y otras mill maneras de frutas
que me no es possible escrevir,
y todo deve de ser cosa provechosa».

Martes, 6 de Noviembre.

Ayer en la noche,
dize el Almirante,
vinieron los dos hombres
que avía enbiado a ver la tierra dentro,
y le dixeron que los avían resçibido
con gran solenidad,
y les besaban las manos y los pies
maravillándose
y creyendo que venían del cielo.
Mostraron la canela y pimienta
y dixéronles por señas
que mucha d' ella avía çerca de allí al Sueste,
pero que en allí no sabían si la avía.

Miércoles, 21 de Noviembre.

Al sol salido
navegó al Leste con viento Sur.
Este día
se apartó Martín Alonso Pinçón
con la caravela Pinta,
sin obediencia y voluntad del Almirante,

por cudiçia,
diz que pensando que un indio
que el Almirante avía mandado
poner en aquella caravela
le avía de dar mucho oro.

Martes, 27 de Noviembre.

Dize el Almirante aquí estas palabras:

«Cuánto será el beneficio
que de aquí se puede aver,
yo no lo escrivo.
Es cierto, Señores Prínçipes,
que donde ay tales tierras
que deve de aver infinitas cosas de provecho,
mas yo no me detengo en ningun puerto,
porque querría ver
todas las más tierras que yo pudiese
para hazer relación d' ellas a Vuestras Altezas;
y también no sé la lengua,
y la gente d' estas tierras no me entienden,
ni yo a ellos;
y estos indios que yo traigo,
muchas vezes
le entiendo una cosa por otra al contrario;
ni fío mucho d' ellos,
porque muchas vezes an provado a fugir.
Mas agora,
plaziendo, a Nuestro Señor,
veré lo más que yo pudiere,
y poco a poco andaré entendiendo
y faré enseñar esta lengua».

Domingo, 16 de Diciembre.

A la media noche con el ventezuelo de tierra,
halló una canoa con un indio solo en ella;
hízolo meter en la nao
y llevólo hasta una población.
El Indio fuése luego con su canoa a tierra,
y da nuevas del Almirante
y luego vinieron más de quinientos hombres,
y desde a poco vino el rey d' ellos.
Enbióle un presente el Almirante,
el cual diz que rescibió con mucho estado
y que sería moço de hasta veinte y un años,
y que tenía un ayo viejo
y qu' él hablava muy pocas palabras.
Este rey y todos los otros
andavan desnudos,
y son los más hermosos hombres y mugeres
que hasta allí ovieron hallado:
harto blancos, que, si vestidos anduviesen
y se guardasen del sol y del aire,
serían cuasi tan blancos como en España.

Martes, 18 de Diciembre.

Estuvo en aquella playa surto este día
porque no avía viento.
El rey de aquella isla *Española*
estando el Almirante comiendo
llegó a la nao con toda su gente.
Y dize el Almirante a los Reyes:
«Él, así como entró en la nao,
halló qu' estava comiendo a la mesa
y se vino a sentar a par de mí;
yo pensé qu' él ternía a bien

de comer de nuestras viandas;
mandé luego traerle cosas qu' él comiese,
y él comía un bocado
y después dávalo todo a sus consejeros y al ayo;
yo vide que le agradava un arambel
que yo tenía sobre mi cama;
yo se lo di y unas cuentas muy buenas de ámbar,
que yo traía al pescueço,
y unos çapatos colorados
y una almarraxa de agua de azahar,
de que quedó tan contento que fue maravilla;
y él y su ayo
llevan grande pena porque no me entendían,
ni yo a ellos.
Con todo,
le cognoscí que me dixo
que toda la isla estava a mi mandar.
Yo le dixé que Vuestras Altezas mandavan
y señoreavan todo lo mejor del mundo,
y le mostré las vanderas reales
y las otras de la Cruz,
de que él tuvo en mucho,
“y ¡qué grandes señores serían Vuestras Altezas!”, dezía él
“pues de tal lexos y del cielo
me avían enbiado hasta aquí sin miedo”.
Y otras cosas muchas se passaron
que yo no entendía,
salvo que bien vía que todo tenía a grande maravilla».
Después que ya fue tarde y él se quiso ir,
el Almirante le enbió en la barca muy honradamente
y allí supo el Almirante que al rey
llamavan en su lengua *caçique*.

Lunes, 24 de Diciembre.

El Almirante dize aquí
estas palabras a los Reyes:
«Crean Vuestras Altezas
que en el mundo todo
no puede aver mejor gente ni más mansa;
deven tomar Vuestras Altezas
grande alegría
porque luego los harán cristianos
y los avrán enseñado en buenas costumbres,
que más mejor tierra ni puede ser,
que yo no sé ya cómo lo escriba,
porque yo e hablado en superlativo grado de la gente
y la tierra de la *Juana*, a que ellos llaman *Cuba*;
y digo que es verdad que es maravilla las cosas de acá
y los pueblos grandes d' esta isla *Española*,
que así la llamé,
y ellos le llaman *Bohío*,
y todos de muy singularíssimo tracto amoroso
y habla dulce,
y de buena estatura hombres y mugeres,
y no negros».

Martes, 25 de Diciembre, día de Navidad.

Navegando con poco viento,
acordó el Almirante echarse a dormir.
Como fuese calma,
el marinero que governava la nao
dexó el governario a un moço grumete,
lo que mucho siempre avía el Almirante prohibido.
A las doze oras de la noche,
el moço,
que sintió el governalle y oyó el sonido de la mar,

dio bozes,
a las cuales salió el Almirante,
y fue tan presto
que aún ninguno avía sentido qu' estuviesen encallados.
Cuando el Almirante vido que las aguas menguavan
y estava ya la nao la mar de través,
no viendo otro remedio,
mandó cortar el mastel
y alijar de la nao todo cuanto pudieron
para ver si podían sacarla;
y como todavía las aguas menguassen,
no se pudo remediar.

Miércoles, 26 de Diciembre.

Oy, al salir del sol,
vino el rey de aquella tierra,
a la caravela Niña
donde estava el Almirante,
y cuasi llorando le dixo que no tuviese pena,
que él le daría cuanto tenía,
y quantas canoas pudiesen cargar y descargar la nao,
y poner en tierra cuanta gente quisiese;
«tanto», dize el Almirante,
«son fieles y sin cudiçia de lo ageno»;
y así era sobre todos aquel rey virtuoso.

El rey comió en la caravela con el Almirante
y después salió con él en tierra,
donde diz
que el comienço fue sobre el habla de los de Caniba,
qu' ellos llaman caribes,
que los vienen a tomar, y traen arcos y flechas sin hierro.
El Almirante le dixo por señas
que los Reyes de Castilla

mandarían destruir a los caribes.

Y mandó el Almirante tirar una lombarda,
y viendo el efecto que su fuerza hacía,
quedó maravillado,
y cuando su gente oyó los tiros
cayeron todos en tierra.

Truxeron al Almirante una gran carátula
que tenían grandes pedaços de oro
en las orejas y en los ojos.

El Almirante recibió mucho plazer
d' estas cosas que vía,
y se le templó el angustia
que tenía de la pérdida de la nao,
y cognoscó que Nuestro Señor
avía hecho encallar allí la nao
porque hiziese allí asiento.

«Y a esto», dize él,
«vinieron tantas cosas a la mano,
que verdaderamente no fue aquel desastre
salvo gran ventura, porque es cierto», dize él,
«que si yo no encallara,
que yo fuera de largo sin surgir en este lugar,
ni este viaje dexara aquí gente.
Agora tengo ordenado de hazer una torre y fortaleza
todo muy bien y una grande cava
para hazer d' ellas mantenimientos de pan y vino.
Así que, que todo es venido mucho a pelo,
para que se faga este comienço».

Miércoles, 2 de Enero.

Salió de mañana en tierra
para se despedir del rey *Guacanagari*
e partirse en el nombre del Señor,
e dióle una camisa suya,

y mostróle la fuerça que tenían
y effecto que hazían las lombardas,
diziendo al *caçique*
que no oviese miedo a los *caribes*
aunque viniesen.

Todo esto diz que hizo el Almirante
porque tuviese por amigos a los cristianos que dexava,
y por ponerle miedo que los temiese.
Dexó en aquella isla *Española*,
treinta y nueve hombres con la fortaleza.

Domingo, 6 de Enero.

Después de mediodía
vido venir la caravela Pinta.
Vino Martín Alonso Pinçón a la caravela Niña,
a se escusar diziendo
que se avía partido d' él contra su voluntad,
dando razones para ello.
Pero el Almirante dize
que eran falsas todas.,
Y que con mucha sobervia y cudiçia
se avía apartado aquella noche que se apartó d' él,
y que no sabía,
dize el Almirante,
de dónde le oviese venido las sobervias y deshonestidad,
las cuales quiso el Almirante dissimular,
por no dar lugar a las malas obras de Sathanás,
que deseava impedir aquel viaje.

Martes, 8 de Enero.

Por el viento mucho que ventava
no partió este día.
Y aunque tenía voluntad

de costear toda la costa de aquella *Española*
acordó bolverse a España y no parar más
por dar buen fin a su viaje;
y por salir de tan mala compañía,
porque Martín Alonso Pinçón y Viceinte Anes,
y otros que les seguían con soberbia y cudiçia,
estimando que todo era ya suyo,
no mirando la honra qu' el Almirante les avía hecho y dado,
no avían obedecido ni obedecían sus mandamientos,
antes hazían y dezían muchas cosas no devidas contra él,
y el Martín Alonso
lo dexó desde 21 de Noviembre
hasta seis de Enero sin causa ni razón,
sino por su desobediencia,
todo lo cual el Almirante avía çufrido y callado.

Miércoles, 9 de Enero.

A media noche levantó las velas.
Dixo que vido tres serenas
que salieron bien alto de la mar,
pero no eran tan hermosas como las pintan.

Jueves, 7 de Hebrero.

Navegó esta noche al Leste;
andaría 10 millas por ora,
y así, en treze oras 130 millas,
que son 32 leguas y media.
En esta mañana
vieron los marineros yerva,
de la que ay mucha en las islas de los Açores.

Miércoles, 13 de Hebrero.

Después del sol puesto,
tuvo gran trabajo del viento
y de la mar muy alta y tormenta;
relampagueó hazia el Nornordeste tres vezes;
dixo ser señal de gran tempestad.

Jueves, 14 de Hebrero.

Esta noche creció el viento
y las olas eran espantables,
contraria una de otra,
que cruzavan y embaraçaban el navío
que no podía passar adelante
ni salir de entre medias d' ellas
y quebravan en él.
Creçía mucho la mar y el viento,
y viendo el peligro grande,
començó a correr a popa donde el viento le llevase,
porque no avía otro remedio.
Entonçes començó a correr también la caravela Pinta,
y desapareçió.
El Almirante y toda la gente
hizieron voto de,
en llegando a la primera tierra,
ir todos en proçesión
a hazer oraçión en una iglesia
que fuese de la invocación de Nuestra Señora.
Allende los votos generales o comunes,
cada uno hazía en espeçial su voto,
porque ninguno pensava escapar
de las mares y los vientos,
que pareçía que levantavan la caravela en los aires.
Ayudava a acrecentar el peligro

que venía el navío con falta de lastre,
por averse alivianado la carga,
siendo ya comidos los bastimentos
y el agua y el vino bebido,
lo cual, por cudiçia del próspero tiempo
que entre las islas tuvieron,
no proveyó el Almirante.
El remedio que para esta neçessidad tuvo
fue, quando hazerlo pudieron,
henchir las pipas que tenían vazías
de agua de la mar,
y con esto en ella se remediaron.
Escribe aquí el Almirante
qu' el deseo que tenía
de llevar estas nuevas tan grandes
y mostrar que avía salido verdadero
en lo que avía dicho y proferídose a descubrir,
le ponía grandíssimo miedo de no lo conseguir.
Confortávale, por otra parte,
las mercedes que Dios le avía hecho
en dalle tanta victoria,
descubriendo lo que descubierta avía
y complídole Dios todos sus deseos,
aviendo passado en Castilla en sus despachos
muchas adversidades y contrariedades.
Y que como antes oviese puesto su fin
y endereçado todo su negoçio a Dios
y dado todo lo que le avía pedido,
devía creer que le llevaría en salvamento.
Así que dize
que no deviera temer la dicha tormenta;
mas su flaqueza y congoxa,
dize él, «no me dexava asensar la anima».
Y porque,
si se perdiese con aquella tormenta,

los Reyes oviesen notiçia de su viaje,
tomó un pargamino
y escribió en él todo lo que pudo
de todo lo que avía hallado,
rogando mucho a quien lo hallase
que lo llevase a los Reyes.
Este pargamino envolvió en un paño ençerado,
atado muy bien,
y mandó traer un gran barril de madera,
y púsolo en él
sin que ninguna persona supiese qué era,
y así
lo mandó echar en la mar.

Viernes, 15 de Hebrero.

Ayer,
después del sol puesto,
començó a mostrarse claro el cielo de la vanda del Güeste;
todavía la mar era altíssima,
aunque iva algo baxándose.
Anduvo al Lesnordeste cuatro millas por ora,
y en treze oras de noche
fueron treze leguas.
Después del sol salido, vieron tierra;
el Almirante se hallava ya
en tierra de Castilla.